

tada. ¿Que es esto, señores? La prueba práctica de que Dios ha retribuido á la sociedad con su acostumbrada magnificencia los homenajes que ella le acababa de tributar en la persona del Sr. Pio IX.

Las tendencias de la Italia y de la Europa toda, solo sirvieron para vigorizar la inteligencia, llamando al genio hácia las verdaderas causas de los trastornos sociales. Las desgracias pudieron mas que los raciocinios, pero estos adquirieron un vigor que no se olvidará nunca, mientras puedan trasmitirse á la posteridad los ecos de todas las tribunas parlamentarias de Europa durante los dos años que van corridos. Montalembert y Donoso Cortés pueden perder su individualismo personal en la cuestion de la gloria, mas pasarán á los venideros siglos como los representantes natos de una restauracion universal.

Por esto dije tambien que con la vuelta del Sr. Pio IX, han tenido una solucion práctica todas las cuestiones pendientes que ha estado agitando la Europa, y ha recibido el mundo un escarmiento salvador, tan grande como él. Estos dos puntos fluyen con toda naturalidad de los sucesos que acabo de referiros, y su carácter de consecuencias nos relevan á vosotros y á mí, del empeño de una prueba especial, que prolongando mi discurso, reagravaria mas vuestra religiosa atencion.

Y despues de esto, ¿me filiaré yo, ministro del santuario, distribuidor de la verdad, siervo de la Providencia Divina, en alguna de esas escuelas

políticas que suponian á Pio IX árbitro de la situacion, y á la sociedad que gobernaba dispuesta favorablemente á cualquiera pensamiento que quisiese imprimir sobre ella su nuevo Soberano? ¿Diré con los unos, que dió un golpe mortal á las instituciones sagradas de sus antepasados, abriendo con imprevision y menos prudencia las mal cerradas puertas de la anarquía social? ¿Sostendré con los otros que Pio IX es el padre de las escuelas progresistas y ultra-liberales de nuestros tiempos? Dejad, señores, por Dios, dejad siquiera en esta vez, y por el lugar en que nos hallamos, estos vanos conceptos de la sabiduría humana: dejad que la filosofia y la vista microscópica de algunos políticos fecunde con su imaginacion el supuesto químico de que el Sr. Pio IX tuvo sometido á su voluntad directamente el destino de Roma, indirectamente el destino de Europa. No sintais, os ruego, de esta manera: desdeñad la cuestion política, venid á la cuestion providencial: abandonad el pequeño círculo de la libertad humana, fijaos en aquel círculo inmenso de los designios divinos. “*Yo condenaré la sabiduria del sábio y reprobaré la prudencia del prudente* (1).” ¿Sabeis, señores, quién es el autor de estas palabras? ¿os acordais con qué motivo fueron pronunciadas por la misma sabiduría eterna? ¿ignorais que son católicas y divinas, teniendo por lo mismo un sentido universal y apli-

(1) Scriptum est enim: Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo.—I Ad corint. I. v. 19.

caciones infinitas? Por lo que á mí toca, desde que he tenido la fortuna de abismarme con la fé en su adorable profundidad, han perdido sus prestigios para mi admiracion los partos ingeniosos de la filosofia y las esquisitas y orgullosas combinaciones de la política.

¿Por qué, señores, tan monstruosa confusion en los juicios diversos que ha formado esta sobre el carácter social de Nuestro Santísimo Padre el Señor Pio IX? ¿Me atreveré á decirlo? Fuera del templo, no; pero en esta cátedra sagrada, sí: los hombres casi juzgan mal, porque de ordinario juzgan sin luz y juzgan antes de tiempo; y las calificaciones inmaturos y presuntuosas son de ordinario el triste patrimonio de la filosofia.

Para la gloria del Sr. Pio IX, me basta salvar dos ideas que nadie puede poner en duda; la intachable rectitud de su proceder, y la bondad proverbial de su corazon. Nadie rehusa el reconocimiento de estos dos nobles atributos al carácter social del eminente y santo Pontífice que hoy gobierna la Iglesia. Afirmaos, pues, en este punto de partida: contad con Dios para juzgar, como él contó con Dios para proceder: salvad los límites estrechos del pensamiento político, y penetrad por los reservatorios inmensos de los designios providenciales: contemplad bajo este solo aspecto al nuevo Pontífice en sus relaciones con el Estado político de la Europa. Yo me complazco, señores, en haceros esta noble invitacion, porque os llamo á contem-

plar el cuadro mas sublime que nos presenta la historia de las sociedades modernas. No ha mucho habeis visto al Sr. Pio IX colocado por su doble investidura entre los cielos y la tierra: vedle ahora situado en las mas altas cumbres de lo presente, entre los siglos que ya pasaron, y los siglos que se apresuran á venir: vedle aparecer en la primera silla de la Basílica, y sobre el trono de Roma, en los momentos en que reiterados temblores agitan al mundo político; en que un ruido misterioso le hace estremecer por sus destinos; en que las tinieblas descienden sobre la prevision, y la incertidumbre burla el talento y la sagacidad penetrante de los genios mas esclarecidos; en que un rey que parecia inamovible sobre el trono de Francia, siente que le empiezan á faltar los apoyos; en que el Austria se desconcierta, en que las cabezas mas bien organizadas de la diplomacia de hoy se desconciertan, y comienzan á vacilar; en que las relaciones de la Santa Sede ganan por una parte las simpatías del imperio de la Media luna, cuyos ódios habian quedado en pié desde el tiempo de las cruzadas, y desarman para la política de Roma las prevenciones del protestantismo, conquistando el corazon de la Gran Bretaña; en que la Europa conmovida, el mundo todo en crisis, clavan sus ojos en los muros del Quirinal, como para esperar la contraseña del grande sacudimiento que le amenaza; recoged todos los datos que pueden servir aquí para apreciar en su justo valor la gran crisis del orbe político: la lucha de

las doctrinas abierta con la reforma y terminada en el socialismo; el catálogo de las constituciones políticas figurando en los recuerdos y tendiendo de nuevo á la vida; las revoluciones desastrosas y las guerras nacionales; los triunfos de la filosofía levantando sus monumentos aquí y allá sobre la indiferencia religiosa y los estragos de las costumbres; la palabra *progreso* resonando mágicamente para electrizar el entusiasmo de la multitud y someter la sociedad á la vida de las transiciones; las mas fuertes monarquías de la Europa recelando de la antigua lealtad, mal seguras en sus viejos títulos, poco satisfechas con sus tradiciones, desconfiando de sus ejércitos, y humillando su aristocracia indómita delante de las turbas y al incesante grito de la prensa. Fijaos en esa *jóven Alemania*, entrando en la madurez por los rápidos progresos de su obra, saboreando ya la realizacion de los designios que por mas de cincuenta años han ocupado sus vigiliass, su talento y su accion, levantando ya la mano, digámoslo así, para pegar el fuego á la inmensa mina que tiene cebada bajo el asiento comun de la sociedad política y la sociedad religiosa: imaginaos, por último, ese porvenir en inmediato contacto con lo presente, y sin embargo, mas tenebroso que nunca para la prevision; esa Italia, antiguo domicilio de la libertad republicana, país clásico de los héroes, sepulcro del paganismo y trono de la cruz; esa Roma incomprensible que ha mantenido siempre en accion las ciencias, las letras y las artes; donde han

estado siempre reunidas todas las incertidumbres y todas las esperanzas; esa Roma, engrandecida por la religion, bañada con el esplendor de la gloria y con la sangre de los mártires, encantada por la poesía, respetada por la historia, temida por la política, embellecida por las artes, consagrada por los monumentos mas ilustres de todos los siglos, satirizada por la filosofía, combatida por la impiedad, compadecida por la ignorancia: considerad todo esto, en los momentos en que el Sr. Pio IX levanta su frente augusta, y dirige sobre el mundo aquella mirada misteriosa que al través de la tempestad pudo distinguir á un mismo tiempo esta rápida carrera de vicisitudes que las circunstancias preparaban á su persona, y por las cuales habian de andar á un mismo paso la Europa y el mundo. He puesto á vuestros ojos el cuadro: analizadle si podeis; sometedle en buena hora bajo el dominio del cálculo político. ¿De qué se trata, señores? ¿De un triunfo para el *statu quo*? ¿de un progreso mas para las aristocracias modernas? ¿de la realizacion final de una teoría política? ¿de la conversion de las masas en primeros agentes del orden y vehiculos de la civilizacion? ¿del planteo definitivo de la democracia pura? ¿del divorcio entre los dos primeros elementos de la sociedad humana por la violenta separacion de los dos atributos que se reunen en los Pontífices, el poder espiritual y el poder temporal? ¿De qué se trata? vuelvo á deciros. Responded lo que querais. . . . Por lo que á mí toca, trátase de salvar

la sociedad en una gran crisis que la amenaza; trátese de que no perezcan inmolados juntamente, bajo el azote de las pasiones políticas, el orden y la libertad. Y para esto, ¿qué es necesario? Dominar la revolucion. ¿Cómo dominarla? “Filosofía, libertad, “democracia: he aquí la revolucion, dice un escritor “de nuestros tiempos; y la revolucion es una guerra activa y permanente contra todo principio y “autoridad, contra todo poder, contra todas las teocracias, contra todas las aristocracias, contra todas “las monarquías de la tierra. La revolucion es una “cosa mas grande, mas fuerte y mas indómita que “la fuerza física, es el pensamiento, la palabra, la “opinión y la prensa (1).” Y ¿no mas? Los filósofos partidarios hablan siempre á medias, porque hablan siempre con interés; los católicos lo dicen todo siempre, porque nunca tienen mas interés que el de la humanidad. La revolucion es tambien la muerte de las repúblicas, el patíbulo de las democracias mas bien organizadas; es una cosa que no se ha dicho, es la contradictoria viva de la fuerza moral. No hay fuerza moral saliendo del catolicismo; pero tampoco hay catolicismo, independiéndose del cielo. ¿Quién y por qué medios, pues, dominaria esa revolucion? Me concedereis á lo menos, que cada uno de sus elementos necesita de un contrario. Pero si la filosofía la engendra, ella no puede matarla; si la libertad la impulsa, esta no puede disminuirla; si la democracia la sostiene, la democra-

(1) MAZZINI, Obra citada.

cia es imponente contra la revolucion. Hay mas: la filosofía, luchando con la filosofía, pasa por el cisma de las opiniones á radicar el escepticismo; la libertad, en lucha con la libertad, atraviesa por lagos de sangre para llegar á la tumba; la democracia, combatiendo á la democracia, trae consigo infaliblemente la anarquía. Si, pues, la revolucion ha de ceder y no para la muerte, sino para la vida de la sociedad, es preciso buscar para cada uno de sus elementos una oposicion de salud, una cosa que destruya en ellos lo que mata, y conserve y afirme lo que vivifica y perfecciona; una cosa que, reduciendo á sus justos límites la filosofía, la libertad y la democracia, las haga entrar, por la reforma y no por el sepulcro, á la grande obra de la restauracion. Empéñome, señores, en hallar este antídoto de salud; en hallarle, porque ecsiste; mas no en inventarle, porque el mundo no vive de invenciones. Si ecsiste, le pido, no á los filósofos, cuya profesion al parecer es vivir en lo desconocido; no á los políticos, cuya gloria está cifrada en las combinaciones de las circunstancias; no á los guerreros, que presuponen un acuerdo á que obedecer, ó son unos furiosos armados contra la paz de las naciones; sino á la esperiencia de todos los siglos y á los resultados prácticos de todas las sociedades; le busco y.... (los filósofos se reirán)...le encuentro á pocos pasos. ¿Dónde? en la creencia, en la ley, en la autoridad. De aquí colijo dos cosas: primera, que la revolucion “ponia en lucha de muerte á la filosofía

con la fé, á la libertad con la ley, á la democracia con la autoridad: sus triunfos por lo mismo no podían obrarse sino sobre el sepulcro de estos tres adversarios, y como el mundo no puede vivir sin creencias, sin ley y sin autoridad, preciso era esperar en ellas, ó resignarse con la inevitable muerte de todas las sociedades políticas. Pues bien, señores, y de buena gana me pongo en espectáculo ante todas las ironías de nuestro siglo, ninguno de esos tres elementos es hijo de la tierra. La fé viene del cielo, la autoridad viene del cielo. La fé, la ley y la autoridad, consideradas como elementos fecundos y universales para la sociedad política y la sociedad religiosa; he aquí al *catolicismo*: un Pontífice obrando con todo el poder del catolicismo sobre la revolucion europea: HE AQUÍ AL SR. PIO IX.

Señores, clame cuanto quiera el racionalismo, cada hombre trae á la tierra un destino providencial. ¿Quereis la prueba? Ved coincidir en el dilatado campo de las edades las apariciones de ciertos genios con las mas señaladas épocas en la diversa historia de las naciones. Ellos entran á ciegas, digámoslo así, en una carrera misteriosa; pero nunca salen de la vida sin dejar señalada con una huella de luz la senda gloriosa que anduvieron en la sociedad. “El hombre se agita, pero Dios le conduce;” y este pensamiento profundo, que nos recuerda el nombre y el genio del Arzobispo de Cambray, recoge con maravilla todo mi pensamiento.

Al cabo de tres años ya fenecidos, la mision política del Sr. Pio IX puede ser columbrada, y en verdad que lo que de ella va descubierto basta para encadenar hácia él la admiracion del mundo. El mismo hubiera retrocedido, si al inaugurarse sobre el trono que acababa de dejar con la vida el Sr. Gregorio XVI, la hubiese tenido en su presencia. Sin embargo de su gran fé, tal vez hubiera replicado, como el gefe del pueblo de Israel; ó como el príncipe de los Apóstoles, habria necesitado, para seguir marchando por las aguas, que le reprochase dulcemente su vacilacion el Arbitro de la naturaleza. El Sr. Pio IX trajo, pues, al mundo una mision sublime, pero que no puede ser vista toda, digámoslo así, sino por las generaciones que vienen, y á distancia de medio siglo. ¿Pudo, era dueño de seguir la política de sus predecesores en las circunstancias críticas en que el mundo todo le esperaba para estar *por él ó contra él*? No, señores: cambiando el teatro, varía la escena, y cierta política entonces, ejerciendo una presion violenta sobre un campo henchido de combustibles, hubiera hecho mas desesperada en sus funestísimos desastres la esplosion que era ya inevitable; y en verdad, que tres ó cuatro meses de un órden precario no hubieran compensado todas las anarquías, todas las revoluciones, todos los crímenes, que con la fuerza indómita de un torrente que rompe sus diques, iban á precipitarse muy en breve sobre todo el género humano. No vino, pues, el Sr. Pio IX á sos-

tener á todo viento y marea el *statu quo* contra los diversos intereses que contendian en la lucha. ¿Vino, pues, á proteger el desenvolvimiento práctico de las nuevas teorías que se paseaban per el mundo buscando la oportunidad, el tiempo y el caudillo? Preguntadlo á su conducta, seguidle en la vasta carrera de sus reformas, y tendreis una respuesta concluyente. Otros Pontífices comenzaron su carrera política, diciendo al pueblo: "obedece." Nada mas natural, cuando veian en sus felicitaciones el emblema de la paz y del orden. El Sr. Pio IX se encuentra con un pueblo vacilante, dudoso, agitado, seducido, electrizado en suma, por el fanatismo de la época. Comprendió que debía comenzar por la conquista de la voluntad popular, desarrollar un influjo eminentemente político sobre la situacion, y seguir, digámoslo así, en su carrera intermediaria, una diagonal oportuna, para llevar con buen écsito á la restauracion social. ¡Cosa rara! El Sr. Pio IX debió meditar en la restauracion ántes de que se trastornara el orden, y vivir y obrar sobre el porvenir mas que sobre lo presente. Aquella línea era la de las concesiones al pueblo. Suprimidla, y todo está perdido: buscad otra que preferir, y os fatigareis en vano. Las concesiones del Sr. Pio IX fueron de suyo contingentes y transitorias, como la situacion en que se hallaba: hacerlas figurar en el radicalismo es volver á la infancia, ó si se quiere, volver al siglo XVIII, y este tiempo ya pasó. ¡Son, pues,

ellas el dato para juzgar definitivamente la causa del Soberano? No. ¡A dónde tendia, pues, el Sr. Pio IX? No me tardaré en decíroslo, pero escuchadme aún. Bien sabeis que el pueblo, siempre favorecido y nunca satisfecho, intentó llegar hasta un punto vedado por los principios de la moral política, y señalado en las últimas escageraciones de la democracia, como el gran pórtico del porvenir, y qué sé yo si como el palacio del socialismo. ¿Y qué sucedió entonces? ¡Oh momento perdurablemente célebre, eminentemente glorioso para el primer pesonage de los Estados romanos! Arribando el pueblo á este punto, Pio IX, inspirado juntamente por la religion y por el patriotismo, y revestido de aquella magestad imponente que le daba la situacion, pronunció el *non plus ultra*, y levantando hasta los cielos el inamovible valladar, falló definitivamente y sin apelacion la causa de los partidos.

Su salida de Roma, su mansion en Gaeta, esta mansion donde recogerá la historia todas las tribulaciones del destierro y todos los esmeros del mundo católico para con la persona de su augusto Gefe, es la demostracion palmaria y el argumento práctico de una prudencia consumada, de una alma superior al mundo conmovido, de una firmeza incontrastable y un carácter político de primer orden.

A estas consideraciones os llamó, señores, no para convenceros, porque repito que soy el órgano de vuestras ideas; sino para fecundar vuestro regocijo

y electrizar vuestra admiracion. Me equivoco: no para arrancaros tributos estériles á la gloria humana, sino bendiciones sin fin á la gloria católica, á esa gloria superior á los inciensos de todo un mundo embriagado por la admiracion y el entusiasmo, y á los grandes reveses que traen siempre consigo la falsedad de la política, la inconstancia de las opiniones y la ingratitud de los pueblos. Bajo el influjo contradictorio de estas dos situaciones, el Sr. Pio IX se mostró siempre igual, y en consecuencia, siempre digno de la eleccion que de su persona hizo la Providencia, para conjurar la tempestad mas funesta que podia venir sobre la sociedad.

¿Cuál fué, pues, repito, la mision del Sr. Pio IX? Apoyado en cuanto he dicho en el presente discurso, sin fijarme en el carácter privativo de la revolucion de Roma, ni en la fisonomía histórica de la revolucion italiana, ni en las particularidades diversas que se han podido distinguir en los movimientos varios de los Estados de Europa; sin hacer tampoco un resúmen, que considero innecesario despues de haber querido recoger en la persona del Sr. Pio IX todos los acontecimientos, y sirviéndome, sí, de estas recapitulaciones parciales que he venido sembrando á propósito, como puntos de una final aproximacion, os diré: que EL EMINENTISIMO SR. JUAN MARIA MASTAI-FERRETTI vino al pontificado en las circunstancias presentes sin mas influjo que el de Dios, igual para todos los soberanos; y sin privativas obligaciones para ninguno, á fin de salvar

la Europa toda, y con ella el mundo político, abriendo en ciertos puntos cuantos conductos fuesen indispensables para que se desahogase la sociedad sin perecer inevitablemente, como de otra suerte hubiera sucedido. Y así se verificó á la letra, señores: el Pontífice-rey no ha encontrado al mundo en su regreso á Roma, como le halló en su advenimiento al trono. Encontróle, es verdad, agitado, conmovido, incierto, presa todavía de las alarmas; por sus enemigos ocultos habia dejado ya las tenebrosas cavernas, para brotar al campo de la lid; habian perdido en el combate franco de dos años las provisiones atesoradas durante medio siglo; si la causa de la ley y de la autoridad, si la misma causa del poder temporal de los Pontífices penden todavía de las dudas en el problema del porvenir, esto nada importa para la cuestion presente, nada importa para la mision sublime del Sr. Pio IX, nada importa para los destinos enteros de la Iglesia católica; nada contra el verdadero y sólido triunfo que la religion ha reportado con sus principios, con sus garantías y con sus vinculos eternos de caridad en este grande acontecimiento; nada, por último, contra la evidéntisima verdad que me propuse desenvolver en la segunda parte de este religioso discurso, considerando la paz de las naciones como un hecho de consecuencia en la gloria de Dios.

Yo bien sé que no hay una cuestion definitivamente resuelta; que los mismos resultados prácticos figuran en la categoría de las transiciones; que

las escaseces políticas no han abandonado el campo de la lid; que la influencia del catolicismo, aunque gana terreno en las convicciones, no deja de ser combatida en las doctrinas; que el poder temporal de los Papas tampoco ha dejado aún de ser el blanco de una terrible oposicion; que las miras políticas de ciertos Estados muy poderosos se hallan hasta hoy profundamente encubiertas; que las verdaderas intenciones de la Francia en la cuestion del Sr. Pio IX han sufrido y sufrirán todavía una empeñada discusion; que el ilustre y santo Pontífice ocupa hoy en Roma la silla de sus predecesores despues de un penoso destierro, pero sin respirar aún en paz; y qué sé yo, si nuestros himnos de reconocimiento habrán de ceder el campo muy pronto á las humildes y fervorosas súplicas por Nuestro Santísimo Padre atribulado segunda vez, y en un pais estrangero. Lo sé . . . Pero tambien sé, que Dios nos ha hecho sentir de mil maneras sus misericordias, que la misma vuelta del Sr. Pio IX es un presagio feliz; que el carácter de su mision es un argumento de bondad; y para un mundo que iba infaliblemente á perecer en la mas tremenda explosion que imaginarse pudo, valiosa conquista es la de salvarse, aunque sea con algunos de sus dolores; que ha conseguido infinito aquel con solo haberse descargado ya del tósigo mortal que abrigaba en sus entrañas, y al que hubiera sucumbido sin duda, sin embargo de la ciencia y del arte, si la Providencia, dejando caer sobre sus miserias profundas una

mirada paternal, no le hubiese deparado, con la escaltacion, la conducta, los sacrificios y la oracion eficaz de tan gran Pontífice, un medio de salvacion que ya parece incuestionable. ¿Seguirá la guerra? ¿continuarán los partidos? ¿Nuevas conmociones agitarán la sociedad? Nada mas fácil, católicos; el mundo siempre es mundo, y el hombre siempre es hombre; pero nada concluyais de aquí, ni contra la gloria de Dios, brillante en el suceso que celebramos, ni contra la paz de los hombres, noble y santamente garantida en esta gloria de Dios. Nuevas nubes oscurecerán el horizonte, nuevas tempestades atronarán á los pueblos, nuevas miserias y nuevos crímenes vendrán sobre el género humano. ¿Pero qué concluir de todo esto? Jamas un católico cuenta para sus principios, sus esperanzas y sus vínculos inmortales, con una dicha no interrumpida y una paz permanente en la tierra. ¿Se trata de la Iglesia? Es militante por naturaleza, atraviesa por entre las borrascas, y vive siempre de victorias. ¿Se trata de la sociedad civil? Ella tambien hace su travesía, por un *valle de lágrimas*.

Seguid, pues, en esa carrera ilustre á par que santa, ¡gran Pontífice, insigne Soberano! Dejad que vuestro corazon, que ha recogido los tributos y sufrido tambien las adversidades de todo un mundo, se abandone al movimiento generoso que todos admiran y bendicen al contemplar vuestra persona. Llenad esa mision de salud que habeis recibido de las alturas del cielo, no solo para conducir la nave

del pescador por entre las tempestades mil que han de agitar siempre á la Iglesia de Jesucristo; sino tambien para salvar estas sociedades políticas, víctimas deplorables de las tiranías de la razon estraviada por la filosofia incrédula, y del cisma funesto entre los intereses materiales, que forman el espíritu de nuestro siglo, y los intereses morales, que constituyen el objeto social de los principios católicos. Si una *cruz de madera salvó al mundo* de la idolatría, de la ignorancia, de la barbarie, del despotismo y de todas las tiranías, no será impotente la triple corona que dignamente portais; pues que Dios la ha dejado caer sobre vuestras sienes para salvar de entre el orgulloso desden del filosofismo estas sociedades diversas de quienes os ha tocado ser contemporáneo. Ya sabeis, ó Pontífice, que se os ha prometido la sabiduría y el acierto, con las palabras de salud y de vida que han de bajar del Espíritu de Dios á vuestros labios, cada vez que el espíritu del siglo llegue á presentaros sus grandes tentaciones (1). Contemplad este mundo milagrosamente vuelto hácia vos con la esperanza, y unido á vos otra vez con la caridad. Aceptad esa voz de *fraternidad* que ha salido de Francia; pero haced entender á las naciones, que esta fraternidad será una mentira, mientras la divina y santa maternidad de la Iglesia no se admita como una verdad.

Por lo que á mí toca, si despues de haberos ha-

(1) Math. cap. X, vv. 19 et 20.

blado en nombre del mundo pendiente ahora de vos, augusto y santo Pontífice, me es permitido venir al círculo particular en que la Providencia me ha colocado, llamando vuestras miradas á estos remotos paises, que ha visitado antes vuestro corazón, á esta República mexicana, á esta santa Iglesia y Estado de Michoacan; vos vivireis siempre en nuestra memoria, y al través de todos los sucesos y vicisitudes que hayan de embarazar la marcha del porvenir, vuestro nombre será respetado y bendito en la gratitud de todos los mexicanos; y esta Santa Iglesia Catedral le trasmitirá siempre con respeto y con amor á todos nuestros sucesores en las sillas que ocupamos, á par de este privilegio de honor (1) con que habeis querido legarnos un monumento de vuestra munificencia, y con que hemos aceptado una obligacion tierna y dulce de gratitud.

Y vosotros, católicos, vosotros á quienes ha sido dado presenciar una de las mas fuertes conmociones de la tierra, asistir al tremendo espectáculo de una conflagracion inaudita, en que parecian ir á quedar inmolados con los principios, todos los recursos y hasta las últimas esperanzas del porvenir: vosotros que aislándoos con vuestro pensamiento del globo que habitais, para verle bogar en el espacio inmenso por entre reiteradas borrascas y ele-

(1) Alude aquí el orador al vestido morado que portan los capitulares de esta Santa Iglesia Catedral, por una concesion espontánea del Sr. Pio IX.

mentos desastrosos, habeis presenciado el milagro político de esta especie de salvacion, á pesar de los obstáculos todos que le opusieran las tendencias diversas de nuestro siglo: ¿qué fruto, decidme, qué provecho sólido y positivo habeis conquistado para los grandes intereses de vuestra eterna salud, al cabo de esta revista inmensa que habeis pasado con vuestro espíritu á todas las cosas de hoy, y al volver á vuestro raciocinio de esa profundidad insondable en que os habia tenido sumergidos una contemplacion verdaderamente sublime? Yo responderé por vosotros con las palabras del Profeta—rey, diciendo aquí, sobre un desengaño tan ilustre, que la sociedad perecerá sin Dios, porque en El y solo en El está su salud; que El es el único que posee la clave de la esperanza, porque es el único dueño de la eternidad: que todas las teorías en que la soberbia de los filósofos y políticos ha intentado en todos los siglos vincular los destinos de la sociedad, son apenas brillantes nubes que burlan el contacto al momento crítico de la prueba; porque no hay en los hombres mas que vanidad y mentira (1): que el poder está en Dios, y en su seno se adunan y conciertan la justicia y la misericordia; *potestas Dei est* (2): que el poder está en Dios, porque El es el Arbitro supremo de la paz y de la guerra, y por El viven y prosperan, y sin El irremediabilmente perecen las naciones: *potestas Dei est*: que

(1) Ps. LXI, v. 10.

(2) Ps. LXI, vv. 12 et 13.

el poder está en Dios, porque Dios es la torre fuerte que la verdad y la virtud, los pueblos y los reyes pueden levantar contra sus enemigos (1); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque habla, y los contrarios de la verdad y la justicia, como la cera que se derrite son desechos, cual combustibles bajo el fuego son consumidos, y se resumen en la tierra, como el agua que pasa, y al *fiat* irrevocable del Señor, tornan de nuevo á la nada (2); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque su nombre es el símbolo de la vida y el heraldo seguro de la victoria, porque El se ha hecho manifiesto en todo el universo, dejando escuchar su voz en los grandes acontecimientos que presenciarnos (3); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque ha sujetado los pueblos, y hecho caer las naciones enteras á los piés de los que le representan en el mundo, porque El es el Señor Supremo de toda la tierra, y recoge desde el trono de Su Magestad los himnos de toda la creacion; porque reina y ha de reinar sobre todas las sociedades, porque le han rendido la obediencia los supremos gefes de las naciones, y porque ha dado la fuerza para vencer los ejércitos al robusto brazo de los héroes (4); *potestas Dei est*: que solo Dios es grande por lo mismo, y á El esclusivamente corresponden prez eterno y

(1) Ps. LX, v. 4.

(2) Ps. LVII, v. 8 et 9.

(3) Ps. XLIX, v. 3.

(4) Ps. XLVI, vv. 3, 4, 8, 9 et 10.

alabanza sin fin en esa *nueva Sion* donde reside el Vicario de Jesucristo, en esa Iglesia Santa fundada con el beneplácito y entre las aclamaciones espontáneas del universo admirado, para ser la capital del nuevo reino; en esos palacios suyos, desde donde le reconocen y aclaman todos los pueblos, y en cuyos muros han venido á reunirse con las miradas todas, el asombro, la conmocion y el culto de los reyes que se habian conjurado contra ella: en esa *Roma eterna*, simbolizada por el Profeta, á la cual bastaron algunos pocos meses de soledad transitoria, para llevar el terror á todos los pueblos que el sol visita en su vasta carrera, y henchir de amargura el corazon de los príncipes (1): *potestas Dei est.*

Venid, pues, ó pueblos todos, los que habeis admirado la obra de Dios, erigida sobre las ruinas de la obra de los hombres; poned atento el oido, vosotros todos los que cubris con vuestras moradas la superficie de la tierra, opulentos y miserables, nobles y plebeyos; venid á escuchar estas cosas que la sabiduría de Dios ha puesto sobre mis labios para cantar sus alabanzas y publicar su gloria. No soy yo quien os convoca al rededor de la nueva Jerusalén, sino el cantor sublime de la misericordia, de la bondad y del poder del Altísimo (2) venid á presenciar el objeto mas grande y mas consolador que puede ofreceros vuestro pensa-

(1) Ps. XLVII, vv. 2, 3, 4, 5, 6 et 7.

(2) Ps. XLVIII, vv. 2, 3, et 4.

miento, el mundo todo sacudido por el brazo de la misericordia divina: venid para fecundar en su presencia vuestra esperanza, y verter al pié de sus tabernáculos augustos, las aflicciones y las penas de vuestro corazon. *Sperate in eo omnis congregatio populi, effundite coram illo corda vestra* (1): venid á rendir á Dios los tributos de vuestra adoracion y los homenajes de vuestro reconocimiento, al contemplar la grandeza y sublimidad de sus obras: *Venite et videte opera Dei*; al verle pasar su cetro por todas las cosas del tiempo y de la eternidad, y clavar sobre las naciones los ojos de su providencia, para que vayan á perecer en su orgullo: *Dominatur in virtute sua in æternum, oculi ejus super gentes espiciunt: qui exasperant non exaltentur in semetipsis* (2). Bendecidle, pues, ¡ó naciones! y haced resonar en toda la tierra los himnos de su alabanza: *Benedicite gentes Deo nostro: et auditam facite vocem laudis ejus* (3).

Y vos, ¡ó Señor! que desde el trono eterno en que residís antes que la luz brillara sobre el orbe, dejais caer vuestras miradas de misericordia sobre los mismos que os desconocen y ofenden, volved á nosotros, y no nos abandonéis jamas. A vos levantamos nuestro espíritu, y en vos colocando nuestra confianza humilde, os pedimos que no nos confundan jamas nuestros enemigos. En

(1) Ps. LXI, v. 9.

(2) Ps. LXV, v. 7.

(3) Ibid. v. 8.

buen hora que se cubran de rubor y de espanto los que siempre rebeldes han persistido en su iniquidad; mas ábranse vuestros caminos delante de nuestros ojos, pues que llorando nuestros extravíos, convertimos nuestro corazon atribulado á vuestra misericordia, y os pedimos remedio y salud para todos los que confesamos vuestro Santo Nombre (1), los que hemos amado el decoro de vuestra casa, viniendo á reconocer en ella la residencia sublime de vuestra gloria (2): los que os invocamos en el embate y os reconocemos en la caída vergonzosa de nuestros adversarios; los que á vuestra sola vista, echamos las alarmas, y la cobardía y el temor fuera de nuestro corazon ante los campos enemigos: (3) los que vemos los cielos afirmados por vuestra palabra, y brillar el concierto y la hermosura por la eficacia de vuestra voluntad en toda la naturaleza (4): los que hemos gustado y visto la suavidad inefable de vuestra presencia, y hecho una experiencia dulcísima de la felicidad con que coronais la confianza de vuestros hijos (5). Volved, repetimos, los ojos de vuestra misericordia hácia la suerte de toda la cristiandad postrada á vuestros piés. Radicad para nuestro consuelo y nuestra esperanza en la obediencia de los pueblos y en las virtudes de aquellos á quienes habeis confiado el

- (1) Ps. XXIV, vv. 1, 2, 3, 4, 6, 7, et 11.
 (2) Ps. XXV, v. 8.
 (3) Ps. XXVI.
 (4) Ps. XXVII, v. 32.
 (5) Ps. XXVIII, v. 9.

gobierno de las naciones, esta gloriosísima victoria de vuestra palabra, de vuestro poder y de vuestro amor en los principios, en las esperanzas y en la conducta del mundo político. Acábase de afirmar esa paz que solo ecsiste donde se respeta vuestro nombre, y que ella tenga larga vida sobre la tierra: que no vuelva á interponerse nunca la nube de las pasiones y de los errores, entre la basílica de Pedro y el mundo pervertido; sino que antes bien, fijos los ojos de éste en la nueva Sion, se admire y ecsalte allí la hermosura de vuestra gloria (1). Reconocemos ¡ó Dios mio! vuestros atributos adorables en esta conmocion inaudita de la sociedad actual, y hemos sentido vuestro brazo entre los terribles sacudimientos del mundo político. Vuestra sin duda es esa señal de justicia que nos ha penetrado de terror, al presenciar el fuerte sacudimiento, la turbacion espantosa de la tierra. No resta, pues, ¡ó Padre! sino que, pronunciando el *hasta aquí* de vuestra justicia, hagais resplandecer en la paz de los Estados, en el triunfo de vuestra doctrina, en el arraigo de las virtudes, en la estincion de los ódios y de los partidos, en el progreso legítimo de la sociedad, los sublimes é inefables atributos de vuestra misericordia. Mandad que el mundo trastornado recobre su aplomo, calmad sus agitaciones, volvedle la serenidad, curad las heridas de vuestro pueblo, y cambiad en gozo perdurable los dolores y las amarguras que tan lastimosamente le han conturbado. *Commovisti terram et conturbastis eam; sana contritiones ejus* (2).

- (1) Ps. XLIX, v. 2.
 (2) Ps. LIX, v. 4.